

Clave para un mayor bienestar

Por Jaime Guzmán



Uno de los rasgos más anacrónicos del socialismo es la secundaria importancia que otorga al modo de generar más riqueza, centrando su prioridad en cómo redistribuir la que ya existe.

En el fondo, hay dos criterios básicos para aproximarse al tema económico-social. O se parte del supuesto que la riqueza de un país es y será sustancialmente similar en el tiempo, o bien se asume que dicha riqueza puede crecer en forma significativa.

En la primera hipótesis, es decir si la riqueza de un país es un dato fijo o que puede crecer muy poco y lentamente, resulta lógico poner el énfasis en su distribución equitativa, tendiendo tal concepto a aproximarse al de la búsqueda de la igualdad. Ese es el predicamento de todos los socialismos.

Hasta hace menos de dos siglos ello correspondió a una realidad. La riqueza mundial no experimentaba incrementos considerables. Quien se hacía más rico lo realizaba entonces fundamentalmente a costa de empobrecer a otro. Ello era válido tanto en las

relaciones entre naciones, como entre las personas de una misma sociedad.

Sin embargo, el surgimiento y extensión del capitalismo cambió bruscamente la historia. La humanidad comenzó a comprobar la posibilidad de que la riqueza universal creciera en volúmenes y con rapidez hasta entonces desconocidos y cada vez crecientes. La humanidad asiste hoy a una revolución científica y tecnológica que le permite a una misma sociedad incrementar su riqueza en una generación, más que en toda su existencia histórica previa sumada.

Además, y contra lo que suponía el marxismo, hoy se ha demostrado que los frutos de ese crecimiento económico no se circunscriben a pocas manos. En alguna medida el desarrollo beneficia -por definición y automáticamente- al conjunto de los habitantes de la sociedad, al generar nuevos bienes o servicios y crear nuevos empleos productivos. Pero a ese "rebase" es posible -y en ciertas circunstancias moralmente imperativo- añadir la acción redistributiva del Estado,

al menos para superar grados de pobreza que se estimen incompatibles con la dignidad humana.

Ahora bien, si el enriquecimiento de un país o de una persona no supone el empobrecimiento de otro país u otra persona, toda la perspectiva económica se modifica.

No se trata de negar importancia (en sociedades donde aún subsistan niveles agudos de pobreza) al elemento redistributivo estatal, como complemento necesario de la solidaridad interpersonal. Pero tal redistribución debe enfocarse conjugándola con la prioridad de generar nuevas riquezas, es decir, de "hacer crecer la torta", instrumento principal e insustituible para un mayor bienestar social.

Es lo que se echa de menos en las proposiciones opositoras, donde la demagogia redistributiva casi prescinde de cómo generar mayor riqueza, con un sesgo socialista retrógrado.

29-V-88